



La Sana Doctrina

Enero-Febrero 2020

La Sana Doctrina



*Toda la Palabra de Dios
para
Todo el Pueblo de Dios*

Revista bimestral publicada por asambleas congregadas en el Nombre del Señor Jesucristo en Venezuela

*Año LIX N° 365
Enero-Febrero 2020*

Redactores:

Guillermo Williams (Fundador: 1958-61)
Santiago Saword (1961-76)
Santiago Walmsley (1976-1993)
Andrew Turkington
Tif. (0416) 4373780
E-mail: andrewturkington@gmail.com

Suscripciones: Joseph Steven Turkington
Teléfono: (0416) 3020889
E-mail: jsturkington@gmail.com

Suscripciones para 2020

Debido a la situación actual, se hace imposible ofrecer la revista impresa. Se puede acceder a la revista en la página web: www.sanadoctrina.net, o bajar gratuitamente el programa Telegram de Play Store, buscar el canal público "RevistaLaSanaDoctrina" y unirse.

Se avisará cuando sea posible imprimir nuevamente la revista, para los que quieren pagar una suscripción impresa.

Contenido

Artículos:

- 3 La Doctrina de Cristo (34)
Samuel Rojas
- 6 Una Mujer (7)
Gelson Villegas
- 9 Diferencias entre una Asamblea y una Denominación
Andrew Turkington
- 12 ¿Cuál es la Diferencia? (2)
Bernardo Chirinos
- 14 Antídotos Espirituales (1)
Rubén Mendoza
- 17 El Nacimiento Virginal
La Perspectiva Cristiana de Nuestra Sociedad (XIX)
A. J. Higgins
- 22 **Lo que Preguntan**
- 24 **Página Evangelística:**
Buteve no tenía pies
Andrew Turkington

Portada: De: Pixabay.com

La Doctrina de Cristo (34)

Samuel Rojas



Aunque el Espíritu de Dios sólo usa 120 palabras griegas en Apoc. 20:11-15 (en la Versión española RV60 son 144 palabras, en cinco versículos), tenemos por delante un evento sobrecogedor del cual palabras humanas no serían suficientes para detallar. Podríamos usar una expresión de la misma Palabra para tratar de describirlo, como lo expresa Hebreos 10:27, “una horrenda (espantosa, formidable, terrible) expectación de juicio y de hervor de fuego”.

Hablamos del Juicio del Gran Trono Blanco; correctamente llamado también, el Juicio Final. La controversia de Dios con el hombre caído en el pecado alcanza su finiquito. Así llegamos a la conclusión de todos los tratos de Dios con el ser humano en sus pecados. Como hemos visto, el reino del Cristo en la tierra ya habrá llegado a su final; todos Sus enemigos han sido puestos por estrado de Sus pies; el diablo ha recibido su destino final; solo faltan los seres humanos quienes murieron en sus pecados, impenitentes, por recibir su justa cosecha y paga (Gál. 6:7; Rom. 2:5,6,8,9).

El Juicio del Gran Trono Blanco

En la visión que tiene el apóstol Juan hallamos: (1), “un trono”; (2), “AL que está sentado” allí, Quién es el Juez; (3),

los juzgados, llamados “los muertos”, después de la resurrección de condenación; (4), la carga de pruebas, “los libros” de las obras” y “otro libro”, es decir, el libro de la vida; (5), el fin definitivo de la muerte física y del Hades; (6), el lago de fuego, o la muerte segunda; y, (7), la sentencia. Necesitamos apartar tiempo y atención diligente a esta consideración para obtener la base para la aplicación y la exhortación como creyentes que se hace al final.

Es un “trono” porque Dios Se asienta allí en Su absoluta autoridad y Su infinito poder. Es “un *gran* trono” por la majestad del Juez que Se sienta allí, por los serios y eternos asuntos involucrados en sus decisiones, y porque sus decisiones son inalterables, invencibles, inapelables; no hay un tribunal de alzada sobre este. Es “blanco” por su pureza y santidad, y por la perfecta justicia de sus juicios. En el trono de Isaías 6, el profeta penitente halló un altar al frente, del cual vino limpieza y perdón de pecados para él. En el trono de Apoc. 4 hay un arco iris alrededor para indicar el fiel cumplimiento de pacto de bendiciones y promesas de gracia y vida para la tierra, aun en medio de los juicios. Pero, en este, solo hay un trono desnudo de todo vestigio de misericordia o gracia, y vestido de la inmaculada justicia divina. Este color allí, pues, es

emblema de justicia imparcial y estricta, Divina e inflexible.

Del Juez no se da nombre, pero no hay ni una duda que es el Hijo de Dios, el Señor Jesucristo, el Hijo del Hombre, a Quien Se ha dado toda autoridad para juzgar (Jn. 5:22,27; Hch. 17:31). Y, es tal la forma como ÉL Se presenta que “el cielo y la tierra” huyen y ¡ningún lugar se encuentra para ellos! ¡Tan terrible es Su rostro de infinita justicia! ¿Cómo es que el cielo y la tierra huyen? Ya se ha citado la forma (2 Ped. 3:11-12). Los ‘acusados’ sí que no podrán huir; ¡no escaparán! Son llamados “los muertos”: muertos espiritualmente, pero resucitados corporalmente, separados de Dios, sin la vida de Él, quienes murieron en sus pecados sin haber recibido la vida eterna. Abarca a todos los seres humanos perdidos desde los albores de la historia humana hasta los que acaban de ser muertos por el fuego del cielo (Ap. 20:9), incluyendo a los muertos al comienzo del Reino Milenario (Mt. 25:41,46a), y durante el Reino Milenario. ¡Qué gran cantidad de seres humanos! Sin acepción de personas: “grandes y pequeños”.

Pero, “los muertos” están de pie. Han resucitado en la resurrección de condenación (Jn. 5:28-29). En Apoc. 20:5a son llamados “los otros muertos” quienes no volvieron a vivir sino en esta ocasión después de los mil años. Su cuerpo en el cual pecaron contra Dios será resucitado en la misma condición que tenían al morir físicamente. La Escritura no habla de transformación de los cuerpos de los perdidos (sino del de los salvados que han dormido en Cristo, 1 Cor. 15:22,23,51).

No solo los cuerpos muertos sepultados, sino los que murieron en el mar o en cualquier otro lugar o circunstancia.

Todas sus “obras” saldrán a la luz. El cielo lleva un registro de todos los hechos de los seres humanos, y de todos sus pensamientos y sentimientos bajo los cuales ellos actuaron mientras estaban en el cuerpo, acá en la tierra. Millones y millones, y millones, y millones de seres humanos han existido aquí en la tierra y han muerto; la mayoría de ellos el mundo no llegó a conocer nada, pero las vidas que vivieron, sus hechos, sus pensamientos, sus temperamentos, sus motivaciones, están escritos irrevocablemente en los libros. Cada persona, famosa o no, tiene un libro de sus obras. Cada detalle se ha guardado en los registros divinos.

Pero también hay un registro en la memoria de cada uno. Y, este registro pormenorizado coincidirá con el del libro abierto. Cada evento registrado en el libro de sus obras está también registrado en la memoria. O, ¿será que ‘el libro’ es la memoria de cada quien? No es relevante discutir esto; pero si este fuese el caso, la memoria condenaría a cada uno de todos modos. El apóstol Pablo escribió, “*mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos, en el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio*” (Rom. 2:15-16). ¡Toda boca quedará cerrada! Las evidencias son claras, abundantes, irrefutables, condenatorias.

La muerte y el Hades

La ‘muerte’ tiene que ver con el cuerpo humano, la parte material del ser humano; y, el ‘hades’, con la parte espiritual del ser humano, el espíritu y el alma. El espíritu y el alma de cada ser humano forman una unidad espiritual indivisible (solo la Palabra de Dios puede dividirlos y así diferenciar lo que pertenece al alma -sensual, emocional, sentimental- y lo que pertenece al espíritu humano, según Heb. 4:14). Así que donde esté el alma humana, está el espíritu humano. ¿Cuándo es que se separan el cuerpo y el alma del ser humano? Al momento de la muerte física.

En este libro del Apocalipsis la Muerte y el Hades (Gr., *hades* - palabra compuesta por ‘*a*’, la cual es una partícula privativa que significa ‘no’, y, ‘*des*’, del verbo “ver” (‘*eido*’) en Griego. Literalmente, ‘no-se-ve’, invisible. Es la palabra Griega correspondiente a la palabra Hebrea, ‘Sheol’; ‘Hades’ es lo mismo que ‘Sheol’) son mencionados juntos en forma personalizada, como si fuesen dos personas que van juntas. P.ej., vea el cap. 6:8, donde aparecen como personas que andan con el caballo amarillo. Como el resultado directo de estos juicios es la muerte de las personas, por eso se mencionan así. Al morir físicamente una persona, el alma y el espíritu salen del cuerpo (Gén. 35:18; Hch. 7:59). Según Lucas 16:22-26, hay dos lugares a donde puede ir el alma humana al separarse del cuerpo: un lugar de consuelo y un lugar de tormento. El Señor llama también a este lugar de consuelo “el paraíso” (Luc.

23:43) y, según 2 Cor. 12:2,4 este “paraíso” queda en el tercer cielo, el cielo de Dios. El Mismo Señor Jesucristo estuvo en el Hades (Hch. 2:27,29-31).

No hay ni una sola Escritura que demuestre que hubo un cambio en esta ubicación de Luc. 16, o que hubo un traslado de un sitio a otro después de la resurrección del Señor. Efesios 4:8-9 no tiene nada que ver con el Hades, sino con el triunfo de Cristo sobre Sus enemigos. Además, “las partes más bajas de la tierra” en el pasaje en Efesios exponen la gran humillación de Él en los días de Su carne aquí en la tierra. 1 Ped. 3:18-19 no tiene nada que ver con “el Sheol abajo” porque Su espíritu no murió para que fuese vivificado (=resucitado). Su cuerpo murió y el Espíritu Santo es mencionado allí como el agente de Su resurrección corporal, “vivificado en Espíritu”. En *este* Espíritu fue que **Él** fue y predicó a los hombres y mujeres antes del Diluvio, por boca de Noé. Esos muchísimos individuos, cuyos cuerpos fueron muertos en el Diluvio, están ahora en el lugar de tormento del Hades, presos temporalmente mientras llega el momento de la resurrección de condenación.

Cuando se dé la parte final de la resurrección de vida antes del Reino Milenario (Ap. 20:4-6) las únicas almas humanas que quedarán en el Hades serán las que están en el lugar de tormento. Entonces, al haber la resurrección de condenación, el Hades entrega los muertos que había (que quedaban) en él. Estas almas se unirán a sus cuerpos resucitados, pues dice también que “la muerte entregó los

muertos que había en ella”. Y, en cuerpo, alma y espíritu, cada uno será juzgado ante el Gran Trono Blanco. Al ser lanzados estos juzgados y condenados al lago de fuego, en ese sentido “la muerte y el hades fueron lanzados al lago de fuego”.

‘Muerte’ y ‘Hades’ son dos palabras que expresan dos Conceptos: la muerte, es el cuerpo separado del alma y del espíritu; el Hades, es el alma y espíritu humanos separados del cuerpo. No se trata de ‘dos personas’, o ‘dos cosas’ literales lanzadas al lago de fuego. ¿En cuál sentido, pues, son “lanzados” al lago de fuego? Por sus contenidos: al lago de fuego van a llegar los cuerpos de los perdidos, todos y cada uno poseyendo el alma y el espíritu de cada persona. A la misma vez, esta expresión significa que a partir de ese momento no habrá más muerte física; la

muerte será destruida. Más nunca habrá un ser humano muriendo físicamente (1 Cor. 15:26). No habrá nunca más la ‘primera muerte’, pero sí la ‘segunda muerte’, que es el lago de fuego.

El Lago de Fuego

El Señor Jesucristo es El que más habla del lago de fuego. Fue preparado para el diablo y sus ángeles. Es un lugar real, asociado no solo con la parte espiritual del ser humano sino con su cuerpo físico. El fuego nunca se apaga, es eterno. Es el castigo sin fin; es la eterna separación de Dios. No hay salida de allí. Dentro, hay la más densa oscuridad, pues son las tinieblas de afuera, donde es “el lloro (lamento audible) y el crujir de dientes”. Esa será la sentencia para todos los juzgados ante este Gran Tribunal.

(a continuar, D.M)

Una Mujer (7)

Gelson Villegas



“Aconteció también que un día pasaba Eliseo por Sunem; y había allí **una mujer** importante, que le invitaba insistentemente a que comiese; y cuando él pasaba por allí, venía a la casa de ella a comer” (2 Rey. 4:8).

Muchos comentaristas asocian la expresión “**mujer importante**” en este pasaje con la prosperidad económica de aquella mujer. De modo que no es un pecado poseer bienes materiales, pero sí

puede llegar a ser un terrible mal el uso inadecuado de ellos. Pero la presente historia nos dice que este no era el caso de la mujer de Sunem. Como muchas otras en los días del Cristo en la escena terrenal, que servían al Señor de sus bienes (Lc. 8:3), ella llegó a ser ejemplar tocante a esto en la historia del Antiguo Testamento. Así, pues, cuando el creyente usa sus bienes inteligente y espiritualmente, según la enseñanza del mismo Señor Jesucristo, está haciendo “tesoros en el cie-

lo donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan” (Mt. 6:20).

Esta mujer no sólo era importante, sino también *insistente*, pues un día que el profeta pasaba por Sunem aquella mujer “le invitaba insistentemente a que comiese”. De modo que “cuando él pasaba por allí, venía a la casa de ella a comer” (2 Rey. 4:8). En el pueblo de Dios hay mujeres así, tienen “entre ceja y ceja” un propósito santo y no descansan hasta lograrlo. Ellas dan un maravilloso ejemplo de perseverancia en lo bueno al hombre “de doble ánimo... inconstante en todos sus caminos” (Stg 1:8).

Ahora, volviendo al hecho de ser la mujer de Sunem una persona con recursos económicos, nos llama a la reflexión el contraste entre Elías y Eliseo. Dios ordena que Elías recibiese el alimento de una viuda pobre de Sarepta, pero pone en el camino del profeta Eliseo a una mujer pudiente que le socorra en cuanto a la alimentación y el hospedaje. Dios en su soberanía puede usar tanto la pobreza de algunos como la riqueza de otros, para el adelanto de su obra y para su propia gloria. Pero de parte del canal humano se requiere su plena disposición.

También, es notorio que esta mujer tenía un discernimiento mayor que su marido. Ello, en sí, no representa en el Señor y en el matrimonio ningún mal, siempre y cuando no implique la independencia en lo que se hace, y el desconocimiento del varón como cabeza. Pero no era el caso de esta mujer piadosa, pues leemos que “ella *dijo a su marido*... yo entiendo que

éste que siempre pasa por nuestra casa, es varón santo de Dios”; luego: “Yo te *ruego que hagamos*...”; y más tarde: “Llamando luego a su marido, le dijo: *te ruego* que envíes conmigo alguno de tus criados” (4:9,10,22). De modo que una mujer espiritual nunca usará su mayor capacidad para ejercer dominio sobre su marido. Ella sabe perfectamente cuál es el lugar que La Palabra le asigna.

Como hospedadora, la mujer de Sunem se destaca por pensar en todo lo que un hospedado requiere, entre ello “un pequeño aposento”. Era pequeño porque se trataba de una pieza personal, y “aposento” es la palabra hebrea que se traduce como ‘habitación superior’ o ‘aposento alto’, procurando con ello que el varón de Dios tuviera en la pieza de arriba mayor tranquilidad. También debía ser un aposento “de paredes”, entendiéndose por ello, probablemente, una construcción de paredes sólidas de material duradero. Ella tenía claro entendimiento que hospedar no es ofrecer a alguien una pieza con techo y paredes. Ella le dijo a su marido: “pongamos allí cama, mesa, silla y candelero, para que cuando él viniere a nosotros, se quede en él” (2 Rey. 4:10).

Es evidente la necesidad de un verdadero discernimiento para ejercer la hospitalidad, y que ésta redunde en bien de la Obra y en gloria para nuestro Dios y Señor. Ese “*yo entiendo*...” de la mujer de nuestro presente enfoque es altamente instructivo al respecto. Ella ruega a su marido el hospedaje para el profeta Eliseo, a base de la obra que aquel hombre realiza y lo que él representa para Dios.

Tocante al tema, muchos fallan en entender las porciones del Nuevo Testamento, como, por ejemplo: “No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, *sin saberlo*, hospedaron ángeles” (Heb. 13:2). La misma palabra “hospitalidad” (*philoxenia*) usada aquí y en Rom. 12:13, significa literalmente “amor a los extraños o a los extranjeros”, es decir personas creyentes que no eran del lugar. Ese es el uso dado en la tercera de Juan: “Amado, fielmente te conduces cuando prestas algún servicio *a los hermanos*, especialmente a *los desconocidos* (lit. los extranjeros)”; y acerca de ellos recomienda: “Harás bien en encaminarlos como es digno de su servicio a Dios, para que continúen su viaje. Porque ellos salieron por amor del nombre de Él, sin aceptar nada de los gentiles” (versos 5-7). Eran pues, hermanos y obreros encomendados y recomendados por Su servicio en la Obra que, inicialmente, no eran conocidos por los creyentes locales, de allí la expresión *desconocidos* usada por la versión Reina-Valera.

La referencia a que “algunos, *sin saberlo*, hospedaron ángeles” no da luz verde para recibir en nuestras casas a cualquier persona que toque a nuestras puertas. Si la referencia primaria es a Génesis capítulo 18, es evidente que Abraham sabía que aquellos varones que llegaron a su tienda eran personas dignas y confiables, especialmente aquel delante de quien se postra y le llama “Señor”. Lo que realmente ellos no sabían es que eran ángeles.

Cuando la gratitud del varón de Dios hacia la bondad de aquella mujer le lleva

a ofrecer algún favor, ella muestra otra faceta de sus virtudes. Era una mujer conforme y agradecida de lo que Dios le había dado. El profeta puede hablar al rey o al general del ejército para favorecer a aquella mujer en alguna necesidad que ella tenga, pero ella le contesta: “Yo habito en medio de mi pueblo” (2 Rey. 4:13), como queriendo decir “no necesito nada”, “vivo tranquila en medio de este lugar”. Más aún, parece que se había conformado a la idea de no tener hijos, si ello era la voluntad de Dios, algo difícil para cualquier mujer en Israel, como se aprecia en los otros casos de mujeres sin hijos registrados en la Palabra de Dios.

No obstante, el profeta le declara que ciertamente al tiempo debido abrazaría un hijo, como efectivamente sucedió. Más tarde el muchacho muere sobre las rodillas de su madre y, entonces, el poder de Dios por medio del profeta se hace presente para devolverle el hijo resucitado (4:16,20,36). Seguramente nos encontramos con uno de los casos donde mujeres “recibieron sus muertos mediante resurrección” (Heb. 11:35). Esto demuestra que esta mujer de gran discernimiento, sentido práctico y corazón generoso era, también, una mujer de fe quien, al igual que Abraham, pensaba “que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos” (Heb. 11:19).

Ahora, la historia de la sunamita, no concluye en el capítulo 4 del segundo libro de los reyes. Pasado algún tiempo (como se lee en capítulo 8), el profeta busca a esta dama piadosa para ponerla al tanto de los siete años de hambre que vendrían, y le indica los pasos que ella

debería seguir: “Vete tú y toda tu casa a vivir donde puedas” (8:1). Entonces “se fue ella con su familia, y vivió en tierra de los filisteos siete años” (8:2). Al cabo de aquellos siete años de hambre, la mujer regresa para encontrar que su casa y sus tierras están en manos de otros, y va delante del rey para implorarlo por sus bienes. Justo en ese mismo momento, Giezi, el criado del profeta, le está contando al rey acerca de las maravillas que el profeta había obrado y, en su narrativa, está justamente en el punto de cuando Eliseo resucitó al hijo de la mujer de Sunem. Entonces Giezi dijo al rey: “... esta es la mujer, y este es su hijo, al cual Eliseo hizo vivir” (8:5). El rey pidió a la mujer que ella misma contara la historia,

la cual él pudo oír de la misma fuente primaria. El resultado fue que el rey ordenó devolver a su legítima propietaria, todos los bienes y frutos de sus tierras desde el día en que ella dejó el país hasta el presente cuando ella implora al rey.

Así, es evidente que de un momento a otro la estabilidad económica y el bienestar material de aquella fiel mujer cambiaron drásticamente. Esto indica que la fidelidad de un creyente no impide que pueda pasar por tiempos difíciles, si el Señor así lo dispone. Pero, a la vez, la presente historia nos confirma la fidelidad del Señor y, sobre todo, que él dispone honra para aquellos que le honran (1 Sam. 2:30).

Diferencias entre *Una Asamblea y Una Denominación*



Andrew Turkington

En artículos anteriores hemos considerado la diferencia entre dos conceptos bíblicos, por ej. Israel y la iglesia, el culto del antiguo pacto y el culto del nuevo pacto, la iglesia universal y la iglesia local. Pero en esta ocasión vamos a diferenciar algo que está en la Biblia de algo que no está allí. Porque en el Nuevo Testamento no tenemos otra cosa que asambleas congregadas en el Nombre del Señor Jesucristo. Durante el período cuando se estaban escribiendo las epístolas, no existía ninguna denominación, pero ahora abundan en todas partes, por

ej.: pentecostales, bautistas, libres, etc. Entonces, una denominación no es lo mismo que una iglesia local según el patrón que tenemos en el Nuevo Testamento.

Para comenzar, debemos entender lo que significa congregarse en el nombre del Señor Jesucristo. La primera referencia en la Biblia a una iglesia local es Mateo 18:15-20. Es allí donde el Señor nos da la promesa de Su presencia: “Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”.

Es importante observar que el contexto de esta promesa es la iglesia local. El Señor no está hablando de una reunión de dos o tres creyentes en cualquier parte o por cualquiera razón. Entonces, estar congregados en el nombre del Señor, es lo mismo que menciona el apóstol Pablo en 1 Cor. 11:18: “cuando os reunís como iglesia”.

¿Qué significa realmente congregarse en Su nombre? A. J. Higgins (“*¿No todos están congregados en Su Nombre?*” – *Truth and Tidings*) nos ha ayudado a entender que:

Congregarse en Su nombre significa que reconocemos Su autoridad. Por tanto, nos sujetamos a Su Palabra y nos guiamos por ella. No escogemos qué es lo que vamos a practicar y qué es lo que no vamos a practicar. Nos doblegamos ante la autoridad de Su Palabra en *todas* las cosas. De modo que, como alguien dijo: “En la asamblea, yo tengo el mismo derecho a mi opinión como usted a la suya –es decir, ¡ningún derecho!” Lo que vale en una asamblea congregada en el Nombre del Señor no es lo que nos parece bien, sino lo que Él dice en Su Palabra.

Congregarse en el nombre del Señor significa que somos atraídos a Él y representamos Sus intereses. Cuando el Señor Jesucristo estaba aquí en la tierra, Sus intereses eran la voluntad, la palabra y la obra de Su Padre. Igualmente, la asamblea tiene intereses y metas espirituales y existe para promocionar lo que honra al Señor.

Congregarse en el nombre del Señor significa que Él es suficiente para toda nuestra necesidad y dependemos de Sus

recursos. No tenemos que imitar lo que hace el mundo religioso ni depender de estrategias y sabiduría humana.

Congregarse en el nombre del Señor significa que revelamos Su Persona por medio de: (i) la enseñanza de la verdad de Dios, (ii) el testimonio de nuestras vidas, y (iii) nuestras prácticas como asamblea –cada cosa que se hace en una asamblea refleja algo acerca de la Persona de Cristo. Si abandonamos alguna verdad, estamos fallando en reflejar Su Persona.

De modo que congregarse en Su nombre va a controlar cada aspecto de la vida y práctica de la asamblea.

Vamos a destacar algunos aspectos en que la asamblea es diferente de las denominaciones. No es que procuramos ser diferentes. Es que, al guiarnos por la Palabra de Dios, naturalmente seremos diferentes a todo aquello que no se ajusta a la Palabra. En los puntos mencionados a continuación no hemos indicado las referencias bíblicas, pero el lector interesado puede verificar estas verdades buscando las porciones pertinentes en su propia Biblia.

- Una asamblea no tiene nombre. Cuando hablamos de las denominaciones, nos referimos a congregaciones que han adoptado un nombre para distinguirse de los demás. Pero una asamblea se congrega solamente en el nombre del Señor Jesucristo; no tiene otro nombre. A veces resulta difícil responder a las preguntas que nos hacen: “Pero ¿cómo se llaman ustedes?” El mundo religioso siempre ha querido ponernos nombres. Algunos nos llaman “La Sana Doctrina”; otros, “Los

Calladitos”, etc. Pero no aceptamos poner otro nombre al lado del Nombre del Señor Jesucristo. ¿Su Nombre no es suficiente?

- Una asamblea es directamente responsable al Señor. Las iglesias de las denominaciones tienen que responder a una organización o federación. Las siete iglesias de Asia en Apocalipsis capítulo uno, son representadas por candeleros de oro, cada uno sobre su propia base. Así cada asamblea es responsable solamente al Señor que está en medio.

- En una asamblea hay una pluralidad de ancianos (llamados también pastores y obispos). Pero cada denominación tiene su pastor que es la máxima autoridad en la iglesia.

- En una asamblea hay lugar para el ejercicio del sacerdocio de todo creyente y de los dones espirituales bajo la dirección del Señor. En una denominación la participación pública está limitada al pastor o a algunos otros que el pastor designa.

- En una asamblea se realizan reuniones bíblicas, es decir, las mismas reuniones que hacían las iglesias del Nuevo Testamento: (1) La Cena del Señor, (2) Culto de enseñanza, (3) Culto de oración, (4) Culto de predicación, (5) Culto de reporte misionero, (6) Culto de Disciplina, y (7) Culto de los ancianos. Sin duda que, si fuese necesario otra clase de cultos, el Señor los habría incluido en el modelo bíblico. Pero en las denominaciones se suelen añadir cultos que no están en la Biblia, como Culto de Damas, Culto de Jóvenes, etc.

- En una asamblea la mujer ocupa el lugar que Dios le da, según el modelo de la iglesia en el Nuevo Testamento: (i) Está en silencio, no participa públicamente en la predicación, enseñanza u oración; (ii) Se cubre la cabeza en las reuniones; (iii) Se destaca por su porte, vistiéndose como una mujer que profesa piedad, y no cortándose el cabello. Por lo general, las denominaciones no acatan la enseñanza bíblica en cuanto a la mujer, socavando así la autoridad de la Palabra de Dios.

- En una asamblea no se introducen elementos no autorizados por la Palabra de Dios. Entendemos que el Señor nos ha dado todos los elementos necesarios para mantener testimonio para Él en el modelo que tenemos en el Nuevo Testamento. En las denominaciones suelen introducir cosas como música instrumental, grupos de cantores (una coral), etc. que no se encuentran en el modelo.

- Las finanzas de una asamblea escritural se rigen por los principios establecidos en el Nuevo Testamento. Las ofrendas son voluntarias, espontáneas y únicamente de los miembros de la asamblea. En las denominaciones suelen volver a las ordenanzas del Antiguo Testamento en cuanto al diezmo, y es común solicitar fondos aun de los inconversos.

- En una asamblea se lleva a cabo la disciplina según los principios bíblicos, sea la excomunión, la reprobación pública o privada, etc. según la gravedad del pecado. Muchas denominaciones hacen caso omiso de la necesidad de disciplina, o la realizan según los conceptos del mundo.

Hay otras diferencias entre una asamblea congregada en el Nombre del Señor Jesucristo y una denominación, pero estas son más que suficiente para ver claramente que no son la misma cosa.

Pero ¿qué importancia tiene si me congrego en el Nombre del Señor en una asamblea o me congrego en una denominación? El Señor dijo: “El que me ama, Mi Palabra guardará...el que no me ama,

no guarda Mis Palabras” (Jn. 14:23,24). El verdadero amor por el Señor se va a evidenciar en una plena sumisión a Su Palabra –algo que no es posible en una denominación. Y el Señor aprecia esa devoción a Él, como lo vio en la iglesia de Filadelfia: “Aunque tienes poca fuerza, has guardado Mi Palabra, y no has negado Mi Nombre” (Ap. 3:8).

¿Cuál es la Diferencia? (2)

Los Testigos de Jehová

Bernardo Chirinos



Un hombre escribió: La verdadera sabiduría no consiste en ver lo semejante en cosas que son diferentes, sino en ver la diferencia vital en cosas que son similares.

Pablo advirtió a los Efesios “no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina”. Ef. 4:14. La doctrina de los Testigos de Jehová es falsa y ningún verdadero creyente debería dejarse confundir por ellos.

• Es falsa porque han cambiado muchas porciones de la Biblia

La Biblia que ellos usan se llama *La Versión Nuevo Mundo de Las Santas Escrituras*. Esa es una Biblia adulterada porque han cambiado muchas palabras y párrafos con el objetivo de adecuarlos a sus heréticas doctrinas. Se calcula que son más de 300 cambios.

Citemos algunos ejemplos:

a) Juan 1:1 – “...y la Palabra era (un) dios”. La palabra “un” no está en el original.

b) Colosenses 1:16 – “Porque por medio de él fueron creadas todas (las otras) cosas. Esa frase “las otras” tampoco está en el original.

c) Lucas 23:43 – “Verdaderamente te digo hoy: Estarás conmigo en el paraíso”. Pero en el original dice: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso”.

d) En Romanos 14:6,8,9 y 11 usan seis veces la palabra Jehová para traducir la palabra griega “kurios”. Pero “kurios” significa SEÑOR. Sin embargo, en el versículo 14 donde aparece de nuevo la palabra “kurios”, sí la traducen Señor. ¿Por qué? Porque si no tendrían que tra-

ducir “confío en Jehová Jesús”. Y eso no les conviene.

e) Hebreos 1:8 – “Pero respecto al Hijo: Dios es tu trono para siempre”. Pero lo correcto es: “Mas del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo...”

Estos son solo unos pocos ejemplos de la adulteración que han hecho de Las Escrituras. Lo que nos recuerda las advertencias divinas: “No añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis de ella”; “Cuidarás de hacer todo lo que yo te mando; no añadirás a ello, ni de ello quitarás”; “Yo testifico a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añadiere a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro. Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro. (Dt. 4:2; 12:32; Ap. 22: 18,19).

• Es falsa porque niegan La Deidad de Jesucristo

Los Testigos de Jehová niegan la deidad del Señor Jesucristo y enseñan que Jesús es el segundo Personaje más grande del universo... y que es menor que Jehová.

Pero La Palabra de Dios nos enseña:

a) Los judíos entendieron que Cristo enseñó que Él era Dios cuando dijo: “Yo y el Padre uno somos”, y ellos lo acusaron: “tú, siendo hombre, te haces Dios”, Juan 10:30,33.

b) Juan 1:1 lo dice directamente: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era

con Dios, y el Verbo era Dios”. Y en el original es más enfático: “*theos en o logos*”: Dios era el Verbo.

c) Romanos 9:5 – “...de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén”.

d) Tito 2:13 – “...aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo”.

• Es falsa porque niegan que el Espíritu Santo es una Persona

Los Testigos de Jehová enseñan que el Espíritu es la fuerza activa de vida en criaturas terrestres, es una disposición mental, es una expresión inspirada, es la fuerza activa de Jehová. Pero La Palabra de Dios enseña que el Espíritu Santo **no solo es una Persona sino también es Dios**. Citemos algunas porciones:

a) Solo una persona puede ocupar el lugar de otra persona: En Juan 14:16 leemos “Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador”.

b) Tiene la facultad de enseñar, recordar, dar testimonio. “Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, Él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho” (Juan 14:26).

c) Reparte dones a los creyentes. “Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como Él quiere”. 1 Corintios 12:11. El enseñar denota inteligencia; el hacer recordar denota personalidad, el

querer denota voluntad. Eso son las características de una persona.

d) Puede entristecerse, Efesios 4:30 dice: “No contristéis al Espíritu Santo”. El Espíritu tiene sentimientos y por lo tanto es una persona.

e) Tiene y expresa su criterio, Hechos 15:28 dice: “Ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros”.

f) Participó en la Creación del ser humano. Job 33:4 “El espíritu de Dios me hizo, y el soplo del Omnipotente me dio vida”.

Una doctrina que altera la Biblia, niega la deidad de Jesucristo y la personalidad del Espíritu Santo, no puede ser de Dios, sino diabólica. *Estas y muchas cosas más marcan la diferencia.*

Antídotos Espirituales (1)

Rubén Mendoza



Hay un anhelo generalizado en la población mundial, y es la aparición de la cura contra el Coronavirus o Covid-19, como ha sido llamado. El virus se ha extendido por el planeta, y con su llegada ha traído consigo una crisis sin precedente en este siglo, y lo que es peor, la muerte de miles de personas. Es por ello, que hay una carrera por parte de los científicos en el mundo entero por conseguir el antídoto para tan terrible mal.

Ahora bien, es conveniente definir qué significa la palabra *antídoto*. Según el diccionario, puede ser un medicamento que neutraliza los efectos de un veneno, el remedio que cura o previene una enfermedad, y figurativamente el recurso para evitar caer en un mal. Teniendo esto presente deseamos ver en las Sagradas Escrituras algunos antídotos divinos frente algunos males.

El Antídoto de las Aguas Amargas en Mara (Éxodo 15:22-26)

Si pudiéramos resumir en dos palabras lo que leemos en el libro de Éxodo hasta el capítulo 15, esas palabras serían esclavitud y salvación. El pueblo de Israel estuvo en una férrea opresión como dice en Ex. 1:14: “y amargaron su vida con dura servidumbre, en hacer barro y ladrillo, y en toda labor del campo y en todo su servicio, al cual los obligaban con rigor”. Pero Dios intervino pasados 430 años y le dice a su siervo Moisés “Por tanto, dirás a los hijos de Israel: Yo soy Jehová; y yo os sacaré de debajo de las tareas pesadas de Egipto, y os libraré de su servidumbre, y os redimiré con brazo extendido, y con juicios grandes” Éx. 6:6. Dios cumplió su promesa hecha, y los salvó.

Una vez que Israel sale de Egipto y cruza el Mar Rojo, ellos cantan en ala-

banza y adoración a Dios, como una muestra de gozo y gratitud por tan grande salvación. Uno esperaría que el paso siguiente fuera que Dios los introdujera directamente a la tierra prometida, de la salvación a la gloria, pero ese no es el patrón divino. El Señor no nos salva y nos lleva al cielo directamente, como fue el caso del ladrón que se arrepintió en la cruz y el Señor le prometió ese mismo día estar con Él en el paraíso. Él nos deja en la tierra a fin de entrenarnos, nos pasa por la escuela del desierto como pasó a Israel, con el único fin de santificarnos, de hacer que nos parezcamos más a Cristo y menos a nosotros mismos. El proceso es gradual, lento y en algunas ocasiones suele ser doloroso, pero sabemos que es necesario.

En los capítulos siguientes ellos van a afrontar varias crisis, episodios donde son enseñados y probados. “Y te acordarás de todo el camino por donde te ha traído Jehová tu Dios estos cuarenta años en el desierto, para afligirte, para probarte, para saber lo que había en tu corazón, si habías de guardar o no sus mandamientos” (Dt. 8:2).

Ahora veamos lo que sucede después del cruce.

Las Circunstancias en Mara v. 22 y 23

La escena cambia drásticamente. Vemos al pueblo de Israel alegremente cantando para después verlo tristemente pecando. “E hizo Moisés que partiese Israel del Mar Rojo”, v. 22^a. Allí estaban cantando jubilosamente, todo Israel celebraba las maravillas de Jehová a su favor. Ese lugar era bueno, pero era necesario

avanzar, y entonces son llevados al desierto de Shur. El desierto era un lugar árido, peligroso y carente de provisiones para un pueblo numeroso. Muchas veces el Señor, en nuestro peregrinaje, nos lleva a algunos desiertos en nuestras vidas, tiempos de crisis como el que actualmente estamos atravesando, tiempos donde experimentamos algunas carencias, pero debemos descansar en que Él está guiando los pasos de su pueblo.

El pueblo estuvo buscando agua durante tres días v. 22b. La situación se notaba grave debido a que la salud de una persona se compromete si deja de consumir agua durante varios días. Los ánimos aumentaron cuando llegaron a un lugar donde había agua. Pero solo podemos imaginarnos su gran desilusión cuando descubren que las aguas eran amargas. De allí el nombre Mara que significa “amargura”; no eran aguas potables.

La Culpa o Pecado del Pueblo v.24.

La respuesta del pueblo de Israel ante la situación en Mara fue murmurar contra Moisés. Por consiguiente era murmurar contra Dios “porque no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado” (1 Sam. 8:7). De este pecado se desprenden varias verdades.

Experimentar la victoria y el auxilio de Dios en el pasado, no es garantía que no caeremos en pecados en el futuro. El pueblo de Israel se encontraba tres días antes en las alturas del gozo, alabanza y adoración, y ahora descienden a las profundidades de la incredulidad. Por eso, la solemne advertencia del apóstol Pablo, después de relatar algunas tristes expe-

riencias de Israel en el desierto. “Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Cor. 10:12).

El pecado de la incredulidad se manifiesta en la queja o murmuración. Ellos tenían un corazón incrédulo y se reveló en la pregunta que hicieron: “¿Qué hemos de beber?” Muchas veces debemos confesar que las quejas que brotan de nuestros labios por las difíciles circunstancias que afrontamos, pueden manifestar un corazón incrédulo. El Señor expresó: “No os afanáis diciendo; ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?” (Mat. 6:31).

El pecado de la incredulidad es irracional:

(1) ***Es irracional con relación al Poder de Dios.*** Ellos apreciaron unos de los milagros más sorprendentes realizados en el Antiguo Testamento: se les abrió un camino en medio del mar, vieron dos muros de agua a los lados del camino y cruzaron en seco el mar. Era todo un despliegue del poder de Dios, pero ahora estaban quejándose sobre la falta de agua. ¿Si Dios podía controlar las aguas del Mar Rojo no podía concederles agua para beber? En cuanto a nosotros, el Señor nos salvó de la pena del pecado, depositamos en Él el destino de nuestras almas, pero muchas veces estamos dudando de que Él pueda suplir las provisiones que necesitamos.

(2) ***Es irracional con relación al Propósito de Dios.*** Dios se había comprometido a introducirlos en la tierra prometida, como está escrito en Dt. 31:20: “Porque yo les introduciré en la tierra que juré a

sus padres, la cual fluye leche y miel”. Las diez plagas, entre otras cosas, demostraron que Él no iba a fallar en su propósito de liberar a su pueblo y llevarlos a la tierra prometida. Entonces, era una locura pensar que los iba a dejar morir en el desierto. El Señor nos salvó en el pasado, nos está santificando en el presente, y nos glorificará en el futuro (Rom. 8:30).

El Clamor de Moisés v. 25a

Si la reacción del pueblo de Israel ante esta prueba en Mara fue murmuración, la reacción de Moisés, el líder del pueblo, fue buscar a Dios en oración: “Y Moisés clamó a Jehová”. Una misma prueba revela el corazón de los creyentes que en ella están involucrados. Este líder es digno de ser imitado; conservó la calma y buscó auxilio ante Dios. Mientras el corazón del pueblo estaba lleno de incredulidad, el de Moisés estaba lleno de fe. La fe nos lleva a confiar en las promesas de Dios. Cuán importante es que los líderes del pueblo de Dios conserven la calma y actúen de una manera espiritual en tiempos turbulentos y de pruebas.

La Curación de las Aguas v. 25b

En respuesta al clamor de dependencia de Moisés en la oración, Dios respondió. “Jehová le mostró un árbol”. Sabemos que el enfoque no es en el árbol, sino en el poder de Dios. Pero el árbol fue el antídoto divino para que esas aguas amargas fuesen endulzadas. Hay una hermosa conexión entre este árbol y nuestro Señor. A lo largo de las Escrituras, el “árbol” es un emblema de la cruz de Jesucristo. “El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matas-

teis colgándole en un madero”, Hch. 5:30. “A quien mataron colgándole en un madero”, Hch. 10:39. “Quitándolo del madero, lo pusieron en el sepulcro”, Hch. 13:29. “Maldito todo el que es colgado en un madero”, Gal. 3:13. “Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero” 1 Ped. 2: 24.

Es interesante notar que fue el mismo Dios que le mostró el árbol a Moisés. Luego debía ser cortado y echado a las aguas. Cuando así se hizo, ocurrió el milagro, las aguas se endulzaron. Pensamos cuando el Espíritu Santo nos mostró la persona y obra de Cristo. Cuando le aceptamos, se eliminó la maldición y amargura del pecado, sanando nuestras almas. Pero también Su cruz permite que lo amargo de nuestras pruebas puedan tor-

narse en bendición. Por ello el llamado: “Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores” (Heb. 12:3). Como expresa el poeta: “y lo que es ahora amargo dulce fruto llevará.”

Mara no solo fue un lugar de prueba sino también de instrucción: “allí les dio estatutos y ordenanzas.” Dios aprovechó la ocasión para enseñar a su pueblo instándole a la obediencia a su palabra. Mara también fue un lugar donde Dios mostró otro aspecto de su naturaleza. Esta es la primera vez en la Biblia que aparece el nombre *Jehová-Rapha*, que traducido es Jehová tu Sanador. Muchas veces cuando los creyentes pasamos por amargas experiencias, éstas sirven para tener un conocimiento mayor de nuestro Señor.

La Perspectiva Cristiana de Nuestra Sociedad (XIX)

El Nacimiento Virginal

A J Higgins / Trad. D R Alves
Truth & Tidings, Worldview

A parte de la resurrección de Cristo, ninguna verdad ha sido tan difamada por la mente racional y orientada a lo científico como la del nacimiento virginal de nuestro Señor Jesucristo. A pesar de que se cante de ella en villancicos navideños, se recite en credos, se represente en pesebres y se use como tema de ilustraciones sentimentales en tarjetas de Navidad, las encuestas revelan que la mayoría de los que dicen ser “cristianos” no creen en esta verdad.

Por otro lado, si en verdad fuera cierto, sus implicaciones afectarían el mundo entero y determinarían la eternidad. Esto es mucho más que una cuestión de vida y muerte; es una cuestión de vida eterna y muerte eterna. Resulta poco sorprendente que el presentador de televisión Larry King haya dicho que, si fuera verdad, definiría la historia para él.

Antes de proceder, tenemos que distinguir entre la encarnación y el nacimiento virginal. La “encarnación” quiere

decir que el Señor Jesús existía antes de la concepción en el vientre y que voluntariamente participó de carne y sangre, Hebreos 2.14. Él “se encarnó” a sí mismo. Ninguno de nosotros jamás fue encarnado; somos el resultado de una concepción natural. El nacimiento virginal no fue el descenso a la humanidad, sino el medio por el cual Él entró en el mundo. Su descenso de la gloria de la Deidad eterna al vientre de María fue su encarnación.

Lo que la Escritura trata como el nacimiento virginal es que el Señor Jesucristo nació sin la participación humana de un varón. Él es de un todo hombre y de la simiente de María, pero José, como veremos, no tuvo parte en su concepción.

Él debe venir “en semejanza de carne de pecado”, Romanos 8.3, pero a la vez estar totalmente libre de cualquier tacha de pecado. A los teólogos católicos romanos les costó comprender esto y por lo tanto inventaron la doctrina de la “concepción inmaculada” en la cual plantearon que era María la que no tenía pecado. Así, ella no le pasó una naturaleza pecaminosa a su descendencia. Obviamente, esto simplemente le asignó a una generación anterior el problema de una humanidad impecable, además de que es una idea que no es congruente con la Escritura.

La humanidad intachable del Señor Jesús fue realizada por la sombra cubridora del Espíritu de Dios en el momento de la concepción, Lucas 1.35. No podemos aventurarnos a decir más de lo que la Escritura afirma.

La gente niega la posibilidad de un nacimiento virginal con base en razonamiento claramente científico. En la naturaleza, cuando hay un nacimiento en donde no participaron macho y hembra – reproducción hermafrodita – la prole siempre es hembra. En el engendramiento humano, no hay una base científica que le permita a una mujer concebir sin el aporte varonil. Adán fue creado, Eva fue formada, y todo ser humano que ha entrado en el mundo desde ese entonces lo ha hecho por engendramiento natural. Venir por medio de un nacimiento virginal implicaría evitar y anular todas las leyes de engendramiento, y esto es exactamente lo que sucedió. El Dios que creó aquellas leyes es capaz de obrar por encima de ellas cuando Él quiera.

Debemos evitar toda especulación al tratar el tema, y escoger nuestras palabras cuidadosamente. Además, debemos expresarnos clara y directamente donde la Escritura es clara y directa. Podemos considerar esta verdad a la luz de diversas fuentes:

El resumen del pasado

No basamos la doctrina en los credos de los diferentes concilios de la historia temprana del cristianismo. Nuestra fe se basa exclusivamente en la Palabra de Dios. El valor de los “credos” y los escritos de aquellos tiempos es que nos revelan lo que creían los cristianos que estaban mucho más cerca del evento que lo que estamos nosotros, a saber, dos milenios. Estos “padres de la Iglesia”, así llamados, sintieron la necesidad de delinear las verdades del cristianismo cuando

estaban siendo atacadas por falsas doctrinas.

Ignacio de Antioquía defendió el nacimiento virginal y la verdadera humanidad de Cristo contra la enseñanza gnóstica en el año 110. Justino Mártir escribió en defensa de ello unos cincuenta años después. En el segundo siglo había un credo bautismal que decía: “Nacido del Espíritu Santo y la Virgen María”. Los escritos de hombres como Ignacio y otros mostraron una creencia inquebrantable en el nacimiento virginal de Cristo. Todos los concilios y credos de los primeros cinco siglos de la historia cristiana afirmaron la centralidad de esta doctrina.

La señal del profeta

Comprender el trasfondo de Isaías 7 es vital en cualquier intento de entender la profecía que Isaías le dio al rey Acáz. El rey de Siria, Rezín, y el rey de Israel, Peka, conspiraron para atacar a Acáz en Judá y quitarle el trono al linaje de David. Su meta era instalar su propio rey, el hijo de Tabeel. Esta crisis probó la fidelidad de Dios a su pacto con David. No obstante la maldad de Acáz, Dios intervino. Su honor y propósito estaban en juego, no el bienestar de Acáz.

Llegó Isaías para asegurarle a Acáz que, a pesar del complot, los enemigos de Judá serían derrotados, Isaías 7.7 a 9. En misericordia condescendiente, Dios le ofreció una señal a Acáz, pero éste la rechazó en humildad fingida, vv 10 a 12. En respuesta, el Señor le dijo que daría una señal. Y, dio la señal del nacimiento por una virgen: “He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel”, v. 14.

Los teólogos discuten sobre el sentido de “virgen”; algunos insisten en que puede referirse a una doncella y que no se limita a una virgen. Cuando los eruditos judíos tradujeron el Antiguo Testamento al griego (la Septuaginta), usaron el término griego *postenos*, que es, sin discusión, la palabra para “virgen”. El término hebreo *alma* se emplea nueve veces en el Antiguo Testamento y en ocho de ellas su uso se refiere a una virgen. Por inspiración, Mateo 1.23 cita “virgen”, para apoyar el mensaje angelical de los versículos 20 y 21, y para nosotros esto resuelve todos los argumentos. *Emanuel*, Dios con nosotros, sería el nombre del niño nacido de la virgen.

El significado de la señal para Acáz y para nosotros es que, aun cuando el enemigo estaba a la puerta con la intención de poner fin al linaje de David, Dios estaba obrando en función de los siglos por delante y prometiendo un Hijo que nacería de una virgen y ocuparía aquel trono. La promesa de Dios a David estaba siendo asegurada; Acáz podía confiar en la Palabra de Dios.

La firma del médico

El relato más amplio y claro del nacimiento virginal de Señor Jesucristo es el que nos da Lucas, el médico amado. Él es el que escribió del encuentro entre Gabriel y María en Lucas capítulo 1. Es Lucas quien nos dice que ella era virgen, v. 27, y que ella dijo: “No conozco varón”, v. 34. Es solamente Lucas quien nos da el detalle de cómo ocurriría el nacimiento. Su narración sugiere también cómo el Espíritu impidió cualquier transmisión de la humanidad pecaminosa a la humanidad

del Señor Jesucristo al escribir: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti (el poder sobrenatural de su concepción), y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra (su preservación sobrenatural en la concepción) ... el Santo Ser que nacerá será llamado Hijo de Dios”, v. 35. Esta es la respuesta angelical a la pregunta de María: “¿Cómo será esto? pues no conozco varón”. La respuesta angelical aclara que sucedió totalmente aparte de cualquier agencia humana.

Debemos evitar el peligro de pensar que los médicos del primer siglo no sabían cómo ocurre una concepción, o que en su simplicidad eran propensos a aceptar y creer historias que, con el conocimiento que tenemos ahora, sabemos que son imposibles. Entre los griegos y los romanos con su mitología e idolatría, ellos crearon leyendas fantasiosas de dioses que descendieron a la tierra para cometer actos inmorales y hechos vengativos. Esto no guarda ningún parecido con el informe de Lucas. Aquí no hay nada del hombre creando a Dios a su propia imagen, sino todo lo opuesto. Él era “santo” al nacer. Lucas, el médico, “firmó” el acta de nacimiento del Señor Jesús y reconoció que era totalmente singular.

Los eruditos han verificado la precisión histórica del relato de Lucas siempre que ha sido posible comprobar sus escritos. Él era un historiador exhaustivo que investigaba y documentaba sus resultados con máximo esmero.

La sintaxis del pasaje

La precisión y exactitud de la Palabra de Dios es motivo de adoración. No ado-

ramos a la Palabra de Dios, sino al Dios de la Palabra.

Mateo 1.16 es asombroso en su precisión. En todos los versículos anteriores que detallan la genealogía del Señor Jesús a través de José, su padre legal, la fórmula es invariable: este hombre engendró a este hijo, y así sucesivamente. El patrón no varía desde el v. 2 hasta el v. 15. Es así como los varones engendran a varones. Sin embargo, cuando llegamos al v. 16 encontramos una diferencia. Jacob engendró a José, conforme a todos los otros nacimientos y generaciones, pero no dice que José engendró a Jesús. Más bien, el Espíritu de Dios cambia la forma y al hacerlo protege y verifica el nacimiento virginal: “José, marido de María, de la cual nació Jesús, llamado el Cristo”, 1.16.

Para apreciar plenamente la maravilla de este versículo, debemos tomar en cuenta una cosa evidente en el texto: “la cual” es femenino, no masculino. El Espíritu de Dios nos está diciendo (y yo diría que lo hace a gritos) que José no tuvo parte en esta concepción y nacimiento. “La cual” vincula el proceso solamente a María. Fue único entre los nacimientos anteriores y los que vendrían después. Participó solamente una mujer y no un varón. José actuó como padre legal al darle su nombre al niño, v. 24, pero aparte de esto, no intervino de manera alguna en la concepción del Señor Jesús.

La Escritura según el publicano

El testimonio de Mateo sobre el nacimiento virginal es de sumo valor. Junto con la confirmación gramatical ya mencionada, Mateo registra la reacción de

José a la concepción, 1.19, una reacción que garantiza que él no tuvo nada que ver con aquella concepción. Nos cuenta del mensaje angelical que fue dado para tranquilizarlo: “Lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es”, v. 20, y luego nos asegura que todo esto era congruente con el anuncio hecho por medio de Isaías siete siglos antes acerca del hijo de una virgen, Isaías 7.14.

Como si fuera para confirmar todo, Mateo agrega, en cuanto a José, que él “no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito”, v. 25. Aunque Mateo no nos da los mismos detalles que Lucas, su narración corrobora todo lo que Lucas dice y añade otra perspectiva sobre el nacimiento virginal a través de los ojos de José.

La relevancia de la verdad

Como se ha sugerido en el artículo hasta este punto, la verdad del nacimiento virginal de Cristo es crucial para nuestra salvación. Aunque no he tratado esta verdad adicional, se puede ver que su auténtica humanidad es vital para su ministerio en este momento como nuestro Sumo Sacerdote. Si no fuera hombre en verdad, no podría ser un Redentor cercano. Tenía que ser “la simiente de la mujer” y tener una naturaleza humana sin caída y santa para poder redimirnos.

El vientre de María no fue un instrumento pasivo por medio del cual Él vino; Él fue “nacido de mujer”, Gálatas 4.4. Era “del linaje de David”, Romanos 1.3. Es de un todo hombre y en verdad es el Hombre como Dios quería que el hombre fuera. Él es el Hombre perfecto con au-

téntico espíritu, alma y cuerpo. Vino a nuestro mundo por la vía del nacimiento virginal, sin tacha alguna de pecado.

Sin embargo, Él debe ser Deidad también si va a ser un Mediador entre Dios y el hombre. Debe ser Deidad para que su obra en el Calvario sea suficiente para toda la humanidad y, de hecho, suficiente para toda la creación. Solamente un sacrificio de valor infinito podría dar satisfacción infinita por la afrenta infinita de nuestros pecados al trono y el carácter de Dios. Un sacrificio que no fuera deidad no lograría una expiación completa.

Él no es, como algunos lo llaman, el Dios-hombre en el sentido de mitad Dios y mitad hombre. El misterio de la unión hipostática es que Él es plenamente Dios y plenamente hombre; dos naturalezas en una misma persona. Es el hombre santo que vino por encarnación sobrenatural, aparte de toda iniciativa humana, concebido en el vientre de María por el poder del Espíritu de Dios y nacido en Belén.

Señal dada por Dios mismo

a un mundo pecador:

en Belén humilde virgen

dio a luz al Salvador.

Es Jesús el señalado

quien te vino a buscar.

Es Jesús y ningún otro

quien te puede hoy salvar.

Lo que preguntan

Gelson Villegas



Los llamados testigos de Jehová enseñan que el Señor Jesucristo no resucitó corporalmente, sino en espíritu, y citan 1 Corintios 15:44: “Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual.” ¿Esto es usar bien la palabra de verdad?

En la Palabra de Dios la resurrección literal está relacionada con cuerpos, no con espíritus. Segundo, los espíritus no resucitan, puesto que no mueren. Tercero, el mismo Señor se mostró a los suyos resucitado corporalmente, negando la versión de esos falsos testigos: “Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni hueso, como veis que yo tengo” (Lucas 24:39). Cuarto, lo que 1 Corintios 15 dice es que los cuerpos resucitados en gloria estarán totalmente bajo el control del Espíritu, y no de las tendencias y de la naturaleza humana terrenal.

Mateo 5:8 afirma que los de limpio corazón VERÁN a Dios. Pregunta: ¿En la gloria veremos a Dios en su forma trina?

La Escritura enseña que a Dios Padre en esencia nadie le ha visto (Juan 1:18) y nadie le puede ver (1 Timoteo 6:16). Lo que Moisés vio no fue a Dios, sino su **apariencia** (Números 12:8). El Espíritu Santo ha sido, es y será espíritu, y el he-

cho de que descendió sobre el Señor en forma corporal **como** paloma (Lucas 3:22) no indica que así le habremos de ver en gloria. En la gloria veremos al Hijo cordialmente como fue visto aquí en la tierra, y viendo a Él veremos a Dios (Juan 14:9), pues es la imagen del Dios invisible (Col. 1:15).

Según 2 Timoteo 1:14, ¿cuál es ese “buen depósito” que Timoteo debe guardar?

Primeramente, es necesario distinguir este “buen depósito” de aquel que Pablo menciona como su depósito en verso 12 (“...es poderoso para guardar mi depósito para aquel día”). En verso 12 es el Señor quien guarda el depósito de Pablo y se refiere a lo que Pablo ha depositado en Dios. Contrariamente, el texto de la pregunta tiene que ver con un encargo hecho al creyente, con algo que ha sido depositado bajo su responsabilidad para que lo guarde celosamente, entonces, ¿qué es ese depósito?

El verso anterior (“Retén la forma —el modelo, el ejemplo, el dechado— de las sanas palabras que de mí oíste”) nos da luz para entender a qué se refiere el depósito que se nos ha encargado guardar. Sin duda, ese depósito no es otra cosa que la palabra sana, la doctrina tal como nos ha sido entregada. En la primera carta Pablo

contrapone esa preciosa encomienda a “la falsamente llamada ciencia”, sugiriendo allí que para guardar este gran tesoro hay que evitar coquetear con el error: “Oh Timoteo, guarda lo que se te ha encomendado... **evitando** los argumentos de la falsamente llamada ciencia” (1 Tim. 6:20).

El apóstol presenta dos incentivos para guardar lo que Dios nos ha dejado en custodia. El primero es que este es un “**buen** depósito”. Realmente no puede ser de otra manera, pues “toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto...” (Stg. 1:17). En segundo lugar, nos indica que tenemos la capacidad para cumplir esta grandiosa comisión porque, no depende enteramente de nosotros, sino con o por el auxilio divino: “por el Espíritu Santo que mora en nosotros”. Maravilloso es saber que Quien es el inspirador de la Escritura y Quien nos guía a toda la verdad de ella, es también el que nos da la fuerza para guardarla con integridad de corazón. Verdaderamente, los dichos de Dios son más deseables que el oro, y dulces más que la miel y “**en guardarlos** hay grande galardón” (Sal. 19:10,11).

Finalmente, recordemos el valor inapreciable de la fuerza del ejemplo. Es Pablo quien recomienda a Timoteo guardar el buen depósito de la fe que ha sido dada a los santos, de la doctrina tal como ha sido entregada. También es Pablo el que pudo decir: “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, **he guardado la fe**” (2 Tim. 4:7).

Buteve no tenía pies

(viene de la última página)

mesa del Dios, y así encontró la salvación y la paz con Dios. “Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres.” “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Tito 2:11; Romanos 5:1).

Nos conmueve el gran interés que tuvo Buteve por saber del evangelio. Muchos tienen dos buenos pies, y aun se les ofrece llevar en un vehículo al culto de predicación del evangelio, pero cualquier pequeño obstáculo les sirve de excusa para no ir. El Señor Jesucristo tuvo que recriminar la indiferencia e incredulidad de la gente de aquel tiempo, diciendo: “La reina del Sur se levantará en el juicio con esta generación, y la condenará; porque ella vino de los fines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y he aquí más que Salomón en este lugar.” (Mateo 12:42).

Así también, trofeos de la gracia de Dios como Buteve, de aquella isla tan lejana, sin tener pies para caminar, condenarán a muchos de esta generación, que tuvieron tantas facilidades para escuchar y aceptar el mensaje de salvación, pero no tuvieron el interés. “¿Cómo escaparemos nosotros si descuidamos una salvación tan grande?” (Hebreos 2:3).

Andrew Turkington



un hombre bajarse de un banco de piedra y caminar sobre sus rodillas para encontrarse con él. Era Buteve. “¡Bienvenido, siervo de Dios, que trajo la luz a esta oscura isla!” clamaba Buteve, “estamos agradecidos por habernos traído la Palabra de Salvación.” El Sr. Williams le preguntó al pobre cojo qué sabía él de la salvación. “Oh”, respondió Buteve: “Yo sé acerca de Jesús, que vino al mundo para salvar a los pecadores, para que pudieran ir al cielo”. “Entonces, ¿todos van al cielo?” le preguntó el misionero. “No, solamente aquellos que creen en el Señor Jesús, son los que reciben el perdón de sus pecados.”

Buteve vivía en Rarotonga, una de esas pequeñas islas en el sur del océano Pacífico. Había perdido las manos y los pies, porque habían sido carcomidos por una grave enfermedad, y a duras penas se podía movilizar, caminando sobre sus rodillas.

Antes de llegar el evangelio a esa isla en el siglo 19, los habitantes estaban sumidos en la más densa oscuridad espiritual de la idolatría. Sin conocer al Dios Vivo y Verdadero, vivían como salvajes feroces que al conquistar sus enemigos se los comían. Las mujeres y los niños eran tratados con la barbaridad más cruel.

Cuando el evangelio de la gracia de Dios llegó a esas islas por medio de un hombre llamado John Williams, el cambio era por demás asombroso. En poco más de un año toda la población en la isla de Rarotonga había renunciado a la idolatría. Quemaron sus ídolos, abandonaron sus vergonzosas prácticas, e hicieron un gran edificio para reunirse y adorar a Dios. “Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree” (Romanos 1:16).

Un día cuando el Sr. Williams estaba caminando en otra parte de la isla, vio a

El Sr. Williams se sorprendió de todo lo que sabía Buteve acerca de la Obra de Cristo en la cruz para quitar los pecados, la vida eterna, la oración y la obra del Espíritu Santo. “Está muy bien, Buteve, pero ¿quién te enseñó todo esto?” El cojo respondió: “Fue Usted que me enseñó, que me trajo la buena Palabra.” “Pero, no me acuerdo haberte visto en un culto donde he predicado el evangelio. Además, tus pies han sido carcomidos por la enfermedad, y no puedes caminar sino de rodillas”.

Buteve respondió: “Cuando la gente regresaba de la predicación, yo me arrastraba hasta el camino, para mendigar a cada uno que pasaba un pedacito de la Palabra. Uno me daba un pedacito de lo que oyó, y otro me daba otro pedacito de lo que se predicó, y juntaba todos estos en mi corazón, pidiendo a Dios que me ayudara a entender”.

De esta manera este pobre hombre incapacitado, que nunca podía asistir a un culto, recogió las migajas que caían de la

(continúa en la pág. 23)